

Discurso inaugural

Pedro Tabuenca

Los congresos de medicina convocan en general a profesionales del arte de curar. Su tema predominante es la enfermedad: sus causas, su diagnóstico y su tratamiento. En un congreso de medicina preventiva, el tema dominante es la salud, sus causas, sus riesgos y su preservación. Pero en un congreso de medicina preventiva centrado en la psicobiología del bienestar, los temas que se debaten requieren consideraciones fundamentales acerca de la vida y la mente del hombre, su origen, sus leyes, su propósito y su destino. Y estos temas interesan por igual al científico y al lego, al médico, al psicólogo, al ama de casa y al trabajador manual; porque el bienestar es el deseo humano más natural.

En este congreso necesariamente se abarcará un amplio espectro de temas. Desde la neurona y sus sinapsis, los neurotransmisores y sus factores de liberación, las hormonas y sus órganos efectores, el efecto del ejercicio físico en la producción de endorfinas y en la modulación de la inmunidad, hasta la alegría y la salud cardiovascular. Se plantearán problemas en busca de soluciones prácticas, porque el bienestar psicobiológico de la mente y el cuerpo es la meta natural, es el blanco a alcanzar, es la esperanza movilizadora de la humanidad. Comencemos pues a plantearnos los primeros problemas. ¿Cuáles son las bases de la psicobiología? ¿Requiere la psiquis, la mente, el pensamiento humano de un substrato material para funcionar? ¿Cómo se vinculan la biología celular y molecular con el pensamiento, la libertad y la responsabilidad del hombre? ¿Es la psicobiología el resultado funcional de leyes fisi-

coquímicas? Y entonces, ¿el pensamiento humano depende también de las leyes que gobiernan el cosmos?

Un universo inteligentemente ordenado

En busca de respuestas, observemos los fenómenos naturales más obvios y cotidianos. Cada mañana el sol sale en el este y cada tarde se pone en el oeste. Cada mes tenemos luna nueva y luna llena y cada año verano, otoño, invierno y primavera. Percibimos estos hechos porque estamos aquí, sobre el Planeta Tierra. Los hemos visto y vivido tantas veces que llegan a parecernos intrascendentes, hemos perdido la capacidad de asombrarnos ante la inmensidad y la perfección del universo que nos rodea, ante la magnitud de la energía y la precisión de los movimientos de los cuales depende nuestra vida.

¿Qué ocurriría si la Tierra girara en torno del sol como si fuera una piedra atada con un hilo, como gira la luna alrededor de la Tierra o como gira Mercurio alrededor del sol mostrando siempre la misma cara al astro central? Nuestro planeta sería inhabitable, por la intensidad del calor en la cara permanentemente expuesta al sol y la intensidad del frío en la perpetua noche de la cara opuesta.

Pero no. La Tierra gira como un trompo alrededor del sol dando 365 vueltas alrededor de su propio eje, mientras recorre una vez su órbita en torno del astro rey, y tenemos crepúsculo y aurora cada día... y esta temperatura, la adecuada para la vida. Después de que las sondas espaciales enviadas a los planetas de nuestro sistema nos mandaron su información ya no nos quedan dudas: este es el planeta de la vida, el pequeño y precioso planeta azul, el planeta del agua y el aire. Pensemos por un momento en las magnitudes de energía, espacio y movimiento que hacen posible nuestra

Pedro Tabuenca es médico y se desempeña actualmente como decano de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Adventista del Plata.

vida. Nuestra fuente de energía física es un reactor termonuclear que consume hidrógeno y lo transforma en helio, generando millones de grados de temperatura en su interior y que desde su superficie a 6.000° C emite luz y calor al espacio como lo hacen las demás estrellas. Nuestra fuente de energía física es una estrella llamada sol, pero nuestra distancia al sol, y nuestros movimientos en torno del sol, dosifican con asombrosa precisión la energía que sostiene la vida.

¿Hemos pensado alguna vez a qué velocidad nos movemos dentro de los mecanismos de provisión y dosificación de esta energía? Giramos con el planeta de oeste a este y damos junto con él una vuelta en 24 horas. Y, siendo que el radio de la Tierra es de 6.300 km, viajamos a una velocidad que es máxima a nivel del Ecuador y mínima en los polos, prácticamente 0. Pero aquí, nosotros, a 32° de latitud sur, viajamos constantemente hacia el este a 1290 km por hora.

Pero además la Tierra, a fin de que mantenga su vital distancia del sol, ha sido puesta a girar en una órbita de 150 millones de km. de radio, dando una vuelta en 365 días y 6 horas a la velocidad de 107.000 km. por hora. Mientras tanto el sol, que es una estrella situada cerca del borde de la Vía Láctea, nuestra galaxia espiral, gira con todo su séquito de cometas y planetas y con nosotros en torno del centro galáctico situado a 30.000 años luz de distancia, y como se estima que una rotación galáctica dura 220 millones de años (Maloney, 1978, p. 39) la velocidad de nuestro giro en torno de ese centro sería de 925.000 km. por hora. Más todavía, los estudios del desplazamiento hacia el rojo, por el efecto Doppler, de la luz que recibimos de otras galaxias, demuestran que ellas se alejan de nosotros o nosotros de ellas, es decir, que viajamos con nuestra galaxia a una velocidad incalculable, pero esta magnitud sólo podría expresarse en decenas de miles de kilómetros por segundo. Y cada uno de estos movimientos es esencial, es vital; de su perfecta coordinación, de su exacta magnitud, depende nuestra vida. Vivimos en un universo deliberadamente organizado para la vida, inteligentemente ordenado. Es verdad, hay que tener abiertos los ojos del alma para percibir tanta belleza y tanta sabiduría en el sostén de nuestra vida.

La sustentación de la vida

El 25 de diciembre de 1968, cuando por primera vez una nave tripulada, la Apolo 8, giraba en torno de la luna, el astronauta Franck Borman leyó como mensa-

je de Navidad las palabras del Génesis: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”, y cuando seis meses después la Apolo 11 retornaba del primer alunizaje, Edwin Aldrin, uno de los primeros hombres en pisar la luna, al contemplar desde el espacio el bellissimo y pequeño planeta Tierra, la azul morada del hombre, hizo suyas las palabras de David en la oración del Salmo 8:

Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿qué es el hombre para que tengas de él memoria y el hijo del hombre para que lo visites? Lo haz hecho un poco menor que los ángeles y lo coronaste de gloria y de honra, lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos, todo lo pusiste debajo de sus pies.

Es que Moisés, tanto como David y estos astronautas, percibieron la sustentación cósmica de la vida. Hay una cosmobiología, fundamento de todas las demás biología: la molecular, la celular y por supuesto la psicobiológica. “Las mismas grandes leyes que guían igualmente a la estrella y al átomo, rigen también la vida humana. Una mano invisible guía a los planetas en el recorrido de sus órbitas celestes y sostiene los innumerables mundos que pueblan la inmensidad” (White, 1978, p. 99). Es la mano del Dios omnipotente.

Una inteligencia infinita alienta la vida en todas sus manifestaciones, desde el minúsculo insecto que flota en la brisa, hasta la ballena que juega en el mar. Es el amor del Creador “el que sostiene el vuelo de las aves y alimenta a sus pichones, el que hace florecer el pimpollo y convierte en fruto la flor” (p. 99). “Dios es amor, está escrito en cada capullo de flor que se abre, en cada tallo de la naciente hierba. Los pájaros que llenan el amanecer y el crepúsculo con sus melodías, las flores exquisitamente matizadas que en su perfección perfuman el aire, los elevados árboles del bosque con su follaje de viviente verdor”, el niño que nace, la madre que amamanta, los jóvenes que se enamoran, el hombre y la mujer que sirven, “todos testifican del tierno y paternal cuidado de nuestro Creador y de su deseo de hacer felices a sus hijos” (White, 1985a, p. 8).

Haríamos bien en lanzarnos desde estas bases al estudio de los temas que nos ocuparán en este Congreso. Haríamos bien en abrir los ojos del entendimiento para ver tanta belleza y armonía, tanta exacta coordinación, tan amorosa provisión para las necesidades y la felicidad no sólo del hombre, sino también de todas las criaturas vivientes, y nos haría mucho bien entonar con el salmista su canto de alabanza y gratitud: “Cuán innumerables son tus obras, oh Señor, hiciste todas ellas

con sabiduría, la tierra está llena de tus beneficios. Por cuanto me has alegrado, oh Señor, con tus obras, en las obras de tus manos me gozo” (Salmo 104:24; 92:4). **Psicobiología del bienestar.**

Percibir la belleza de una flor, su forma, color y simetría, su perfume. Oír el susurro del viento, el canto del pájaro, el caer de la lluvia, el acorde de la orquesta, la voz del amigo. Gustar el sabor del alimento, sentir el abrazo y la caricia que expresan el amor. Son todas experiencias vinculadas con la **psicobiología del bienestar.**

Pero, cuán poco hemos pensado en el milagro que implica cada uno de estos hechos, en la sabiduría desplegada por el Supremo Artífice de la vida para ensamblar los factores físicos, químicos, biológicos y neuronales que intervienen en cada percepción.

Ver un clavel rojo en el jardín, por ejemplo, requiere que un rayo de luz blanca llegue desde el sol portando radiaciones de todo el espectro de colores, con ondas de distintas longitudes, desde los cuatro hasta los ocho diezmilésimos de milímetro, cuya mezcla hace el blanco. Y que este rayo de luz, nacido del sol, incida sobre el clavel, en cuyos pétalos se encuentra una molécula de pigmento especialmente sintetizada por la flor para que absorba de ese rayo de luz, las ondas de todos los colores, excepto las del rojo. El pigmento entonces refleja y difunde en el ámbito de todo el jardín esa radiación, la de su color, la de la longitud correspondiente al rojo y son estas ondas luminosas, las que atravesando la pupila y los medios transparentes de nuestros ojos, reflejan una imagen invertida del clavel sobre la retina, excitando las células fotoeléctricas altamente especializadas de esta membrana capaces de transformar la energía física del rayo de luz en impulsos quimioeléctricos que en un instante recorren las fibras del nervio óptico y las vías ópticas del cerebro llevando a la corteza cerebral de la región occipital la imagen corregida del clavel que percibimos y disfrutamos.

Esto también es psicobiología del bienestar: del astro al espacio, a la flor, a la retina, al cerebro, a la mente, a la percepción de la belleza y del amor que le dio origen, a la alegría y a la gratitud. Aquí hay una cosmo-físico-químico-cito-psicobiología del bienestar.

“¿Qué es el hombre?” le preguntaba David a Dios al contemplar las maravillas de los cielos y la de su propio cuerpo. Nosotros también preguntamos: ¿Qué so-

mos realmente? ¿De dónde venimos, en dónde estamos? ¿Para qué estamos aquí y hacia dónde vamos? ¿Para qué creó Dios el universo? ¿Para qué creó al hombre?

Tanto como David, nosotros también podemos hallar las verdaderas respuestas en la revelación que de sí mismo y de sus obras nos ha dado el Creador del universo. Podemos hallar las respuestas en la Palabra de Dios.

¿Para qué creó Dios el universo? Nehemías nos contesta: “Señor, tú hiciste los cielos y los mares de los cielos con todo su ejército, la tierra y todo lo que está en ella; los mares y todo lo que hay en ellos, y tú vivificas todas estas cosas y los ejércitos de los cielos te adoran” (Nehemías 9:6). Dios creó el universo para poblarlo de vida.

¿Para qué creó Dios la tierra? “Así dice el Señor, el que creó los cielos, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso no la creó en vano”, nos enseña Isaías, “para que fuese habitada, la creó”. (Isaías 45:18). Dios creó el Planeta Tierra, el planeta del agua, de la atmósfera, de la biósfera, para que fuera la morada de la familia humana.

Sentido y estructura del hombre

¿Para qué creó Dios al hombre? David responde en su oración del Salmo 16: “Me mostrarás la senda de la vida, en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre”. Dios creó al hombre para que fuera feliz, para que compartiera con él el gozo de la vida, de la sabiduría, de la belleza, del servicio y del amor. Lo creó para la **psicobiología del bienestar.**

¿Cómo lo creó? Moisés responde en el Génesis: “Entonces dijo Dios: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen conforme a nuestra semejanza’. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Formó Dios al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 1:26, 27; 2:7). Dios creó al hombre a su imagen, lo hizo del polvo de la tierra y con el soplo de su Espíritu le dio la vida. En el libro de Job se registra: “El Espíritu de Dios me hizo, el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4), y San Pablo aclara: “Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios. Glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19, 20).

La antropología bíblica describe al hombre no como teniendo un cuerpo, sino como siendo un cuerpo, una estructura material hecha del polvo, cuya perfecta complejidad sólo pudo ser diseñada por la mente de Dios, hecha por la mano de Dios y vivificada por el Espíritu de Dios. Por lo tanto nuestro cuerpo no es la cárcel del alma, como decía Platón, sino templo del Espíritu Santo, como enseña San Pablo.

En el lenguaje bíblico, alma significa vida, y la mente y el corazón y el espíritu del hombre, muchas veces son sinónimos. Por consiguiente, el hombre es una unidad sellada no desmontable y nuestra mente es una entidad funcional cuyo órgano central es el cerebro que nos comunica con el mundo exterior a través de los sentidos, reacciona sobre él, mediante el sistema neuromuscular y nos capacita para la inteligencia, la libertad, la responsabilidad y la creatividad que hacen de cada uno de nosotros un ser personal creado a imagen de Dios.

El cerebro humano, con sus doce mil millones de neuronas asombrosamente interconectadas entre sí y con todos los órganos del cuerpo, con sus incontables millones de neurofibrillas, sinapsis y células gliales, irrigado, oxigenado, nutrido, “termostatzado”, depurado, informado y excitado por los más diversos sistemas del cuerpo; el cerebro humano, la más compleja y perfecta estructura funcional del universo material que conocemos, con su ilimitada capacidad de desarrollo, el órgano del pensamiento que nos capacita para percibir, aunque imperfectamente todavía en la belleza del universo que nos rodea, la sabiduría y el amor del Creador, también nos capacita para adorar con las palabras del salmista: “Te alabaré porque formidables, maravillosas son tus obras, estoy maravillado porque tú formaste mis entrañas, tú me hiciste en el vientre de mi madre, mi embrión vieron tus ojos y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas sin faltar una de ellas. Así que cuán precioso me son, oh Dios, tus pensamientos” (Salmo 139:13-17). Los preciosos pensamientos de Dios son la explicación última y real del milagro de la vida, de la salud y el bienestar.

Las leyes que rigen el electrón, el protón y la estrella, las que rigen el metabolismo aeróbico de la glucosa en el interior de la neurona, tanto como las que rigen la libertad y la responsabilidad en la conducta humana, son todas expresión del pensamiento de Dios. Por lo tanto “la salud y el bienestar no son fruto de la casualidad, sino de la obediencia a las leyes que las ri-

gen y es deber de toda persona, para su propio bien y el de la humanidad, enterarse de las leyes de la vida y obedecerlas con toda conciencia” (White, 1975, pp. 89, 90). Sólo en este contexto podemos entender la causa básica del malestar, de la maldad, de la enfermedad y de la muerte. Así lo explica San Pablo cuando dice que “el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte. Y así pasó la muerte a todos los hombres, porque todos pecaron” (Romanos 5:12) Y San Juan aclara que “el pecado es la transgresión de la ley” (1 Juan 3:4).

La crisis actual del bienestar

Vivimos en un mundo enfermo de malestar. Malestar internacional, político, económico y social. Malestar racial y laboral. Malestar físico y mental.

Venimos a este Congreso de Medicina Preventiva para tratar el tema **Psicobiología del Bienestar**, precisamente porque el bienestar está en crisis. Porque la familia humana continúa transgrediendo las leyes de la vida: químicas, biológicas, psicológicas y morales.

Sólo un ejemplo: ¡cuántos millones de seres humanos sufren y mueren transgrediendo las leyes químicas de la vida, consumiendo sustancias tóxicas adictivas, no importa si una particular legislación las considera lícitas o ilícitas: alcohol, tabaco, drogas y estupefacientes! Sustancias de cuyo uso puede decirse que cuando se hace por primera vez ya es demasiado, y que cuando se lo hace por milésima vez, nunca es suficiente porque se ha generado una “quimiodependencia”, es decir, una “quimiopsicopatología” del malestar insaciable.

Lo asombroso es que esos millones de enfermos continúan consumiendo sustancias adictivas en busca del bienestar, cuando en realidad la transgresión a las leyes químicas de la vida, el “pecado químico”, sólo puede producir enfermedad y muerte al igual que cualquier otra transgresión.

¿Qué esperanza podemos abrigar, entonces, de tener salud para todos en el año 2.000? Ninguna, mientras vivamos desafiando las leyes de la vida, mientras sigamos contaminando el planeta con el egoísmo, la maldad, la corrupción y la violencia.

Los expertos del “Club de Roma”, científicos, estadistas, economistas y ecólogos, autores del libro “Los límites del crecimiento” (Meadows, 1972), no ven salida alguna al drama de la vida en el Planeta Tierra, poblado por una humanidad que crece, agota los recursos

aturales y contamina sin límites un mundo que sí tiene límites. Sus fórmulas y cálculos sólo vislumbran para el futuro una hecatombe y un planeta desolado.

Cuando a Alberto Einstein se le preguntó: “si en la tercera guerra mundial se usara la energía atómica, ¿cómo sería la cuarta?”, no titubeó en contestar: “con garrote y a pie”.

Pregunto a este Congreso de Medicina Preventiva abocado al tema **Psicobiología del Bienestar**, ¿hay alguna esperanza?

Esperanza y certidumbre de la restauración

Si la vida fuera tan sólo el producto casual de la generación espontánea y de la evolución, si no fuera un milagro de la sabiduría y del amor de Dios, entonces, no habría esperanza. Pero si fue la mano omnipotente del Creador, la que movida con infinita sabiduría e impulsada por el amor, ordenó el universo para poblarlo de vida, entonces sí, la **psicobiología del bienestar** tiene futuro.

El mismo Creador omnipotente es también el Redentor de la familia humana. La mano que sostiene los mundos en el espacio es la mano que fue clavada en la cruz por amor a nosotros. Hablando de Cristo, San Pablo nos dice: “Por El fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, y El es antes de las cosas y por El todas las cosas subsisten” (Colosenses 1:16, 17).

El mismo amante Redentor es también el gran Restaurador. El que hizo el mundo, el autor de la vida, no ha cambiado sus eternos propósitos de amor hacia la familia humana. “El que gobierna en los cielos ve el fin desde el principio, aquel en cuya presencia los misterios del pasado y del futuro son manifiestos, más allá de la angustia, las tinieblas y la ruina provocadas por el pecado, contempla la realización de sus propios designios de amor y bendición” (White, 1985b, p. 23) y cuando llegue “el tiempo de la restauración de todas las cosas del cual habló Dios por sus profetas” (Hechos 3:21), entonces, tal como lo describe San Juan en el Apocalipsis: “Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: ‘miren, yo hago nuevas todas las cosas’” (Apocalipsis 21:1-5).

Los propósitos de Dios se cumplirán finalmente, como ya cantaba David en el Salmo 37: “De aquí a poco no existirá el malo, observarás su lugar y no estará, però los mansos heredarán la tierra y se recrearán con abundancia de paz, los justos heredarán la tierra y vivirán para siempre sobre ella”.

Como inspiradamente lo describe Ellen White en las últimas páginas de su libro *El Conflicto de los Siglos*: “Entonces, toda facultad será desarrollada, toda capacidad humana, aumentada, la adquisición de conocimientos no cansará la inteligencia ni agotará las energías. Las más grandes empresas se llevarán a cabo, las aspiraciones más sublimes serán satisfechas y sin embargo surgirán siempre nuevas alturas que ascender, nuevas verdades que comprender, nuevos manantiales de felicidad que descubrir, nuevos objetos que agucen las facultades del espíritu, del alma y del cuerpo. Y así como el conocimiento es progresivo, así también el amor, la reverencia y la dicha irán en aumento. Cuanto más sepan los hombres acerca de Dios tanto más admirarán su carácter.

El gran conflicto habrá terminado. Todo el universo estará purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo latirá en toda la creación y de Aquel que todo lo creó seguirán manando vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito y desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas declararán en su belleza sin mácula y en su júbilo perfecto que Dios es amor” (White, 1984, pp. 736, 737).

Entonces con la restauración de todas las cosas se habrá alcanzado el supremo propósito de la creación del universo y de la redención del hombre. Entonces será real, universal y permanente la **psicobiología del bienestar**.

Referencias

- Maloney, Terry. (1978). *Astronomía*. Barcelona: Instituto Parramón.
- Meadows, Dennis; Meadows, Donella H.; Rangers, Jorgen y Behrens III, William W. (1972). *Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- White, Elena de. (1975). *Ministerio de curación*. Buenos Aires: ACES.
- White, Elena de. (1978). *La educación*. Buenos Aires: ACES.
- White, Elena de. (1984). *El gran conflicto*. Buenos Aires: ACES.
- White, Elena de. (1985a). *El camino a Cristo*. Buenos Aires, ACES.
- White, Elena de. (1985b). *Patriarcas y profetas*. Buenos Aires, ACES.